

nes muy eficaces y la poderosa autoridad de San Ambrosio me hacen creer sin vacilacion que la Santa Virgen no abandonó á su prima en los momentos de su parto.

Pero los autores que opinan de otro modo, además de tener en cuenta el método que emplea San Lucas para narrar el regreso de la Virgen á su casa, alegan razones de decoro para motivar que María se retirase de casa de Santa Isabel ántes del parto de ésta. Dícese que las doncellas no asistian á los partos. Esto parece muy regular, pero María era casada: su virginidad era un secreto; y es más, ella estaba en cinta y dentro de pocos meses habia tambien de parir. Alegan tambien los hábitos de retiro de la Virgen y su afición á la soledad, para inferir que la Santísima Virgen, poco aficionada á fiestas y bullicios, procuraria huir de ellos, «cual tierna paloma espantada,» segun la frase del mismo Orsini. Por esa cuenta tampoco debia haber asistido á las bodas de Caná, y ello es que asistió con su Divino Hijo. Tiene, pues, razon Orsini para concluir diciendo, que «María pudo conciliar su poca inclinacion al mundo con aquel sentimiento exquisito de delicadeza que le atribuyen los Santos Padres: debió, pues, permanecer bajo el techo sacerdotal de Zacarías hasta que su santa esposa estuviera fuera de peligro, y en seguida, huyendo de la admiracion, que nunca dejaba de excitar, dejó las montañas de la Judea, despues de haber abrazado y bendecido al nuevo Elías.»

La opinion de que María asistió al parto de Santa Isabel se halla tan generalizada en España, que sería fácil citar los retablos de muchas iglesias en que se representa el nacimiento del Santo Precursor de Cristo, en todos los cuales constantemente los artistas ponen en los cuadros y relieves á San Juan Bautista en los brazos de su Santa tia. No es fuerte este argumento para probar la exactitud del hecho, pero lo es para manifestar la general y tradicional creencia de que así pasó.

XXII

VIAJE Á BELEN.

Ascendit autem et Joseph á Galilaea de civitate Nazareth in Judaeam in civitatem David, quae vocatur Bethlehém, eo quod esset de domo et familia David, ut proficeretur cum María desponsata sibi uxore praegunte. (San Lucas, cap. 2.º)

Cerca de medio año habia trascurrido desde el regreso de María á Nazareth y el restablecimiento de la tranquilidad en el casto pecho de su santo Esposo, cuando un acontecimiento político vino á turbar el orden doméstico de aquella pobre vivienda, ya que no la paz inalterable entre los santos esposos. Acercábase el tiempo en que á estos se agregara la tercera entidad que viene á constituir lo que se

llama *familia*, segun el mandato Divino de crecer y multiplicarse, viniendo el hijo á completarla en esa asimilacion de esta sociedad formada por Dios á imagen de su Trinidad Santísima, en cuanto puede asimilarse lo humano á lo divino, lo inferior é imperfecto á lo perfectísimo y supremo, y en esta familia Santa y Santísima, modelo de las familias cristianas, era una Persona de la Trinidad Santísima la que venia á completarla sobrenatural y completamente, haciendo de hijo de José y siendo de María el que era desde la eternidad hijo del Eterno Padre, el Verbo.

Pero el Redentor del mundo debia nacer en Belén. La Escritura Santa lo advertia así bien claramente, y María versadísima en su estudio no lo ignoraba. Mas ella vivia en Nazareth. ¿Faltaría lo que habia anunciado el Profeta? ¿Habria mudado sus decretos el Altísimo? ¿Se deberian entender en sentido figurado aquellas palabras de que saldria de Belén, la pequeña ciudad Efratea, el que habia de ser dominador de Israel, y cuya salida desde la eternidad era esperada por todos los que sabian la promesa de la venida de un Redentor? Motivo habia para dudas y cavilaciones; pero María ni duda, ni vacila, ni se preocupa con esta ardua cuestion. Ella no habia deseado ni pedido el ser Madre de Dios: en su profunda humildad ni podia ocurrírsele que fuera la elegida para tan altísima dignidad. Obra era de Dios la encarnacion milagrosa, palabra era de Dios la profecía, á Dios correspondia solamente poner de acuerdo su palabra con su obra, y á ella dejarse llevar de su voluntad santísima, cual nave que va á entrar en el puerto impelida por la marea y las suaves brisas que hinchen sus velas por la popa.

Los momentos se acercan: el modesto equipo del recién nacido está ya preparado por las santas y virginales manos de María. ¡Cuántas lágrimas silenciosas habrian caído sobre aquellos pobres pañales, al considerar la discreta y purísima doncella la pobreza de las telas que habian de envolver al Hijo de Dios! Pero su fortuna temporal no alcanzaba á más, y si el Mesias habia de preferir la pobreza y la penuria al fausto y la opulencia, al oro y á las riquezas de la tierra, ¿sería ella quien modificase los decretos del Hijo de Dios é hijo suyo, buscando para Él lo que Él desprecia? Para quien crió el oro y el barro ó formó aquel de este, ¿será más el barro que el metal luciente y codiciado? Pero ella es Madre, y como tal quisiera para el Hijo de sus entrañas todas las comodidades, todos los regalos, todo el bienestar, que una buena Madre anhela siempre para su Hijo.

De pronto resuena en el rincón de Galilea, donde está Nazareth, una noticia extraña que, anunciada á voz de pregonero y de orden de las autoridades, cunde por el pueblo y llega á los oídos de los castos esposos. El Emperador de Roma César Augusto, ha mandado hacer un empadronamiento general, y el prefecto Cirino, que manda á la sazón en Palestina, quiere que se haga, no solamente por capitacion y vecindad, sino además teniendo en cuenta el origen troncal y procedencia de familia, cosa muy sabida y respetada entre los Israelitas, que por su ley tenian en mucho la razon de troncalidad y abolengo.

No eran los Israelitas muy aficionados á tales empadronamientos, pues para las peleas fiaban más en la favor de Dios que en la fuerza de la multitud, y para la produccion esperaban más de la bendicion del cielo que de la fertilidad de sus terrenos. David habia mandado hacer un empadronamiento general y en vano se lo habia vituperado Joab, su general y ministro, conociendo bien que en ello habia un arrebato de orgullo. Dios castigó aquella medida política de David, al parecer

de buen gobierno, pero insensata en realidad, dado el modo de ser y la fe de los Israelitas. ¡Cuántas medidas por el estilo, idóneas entre los herejes, vituperará Dios entre los católicos!

Pero los Romanos no tenían la fe de los Israelitas. Dios en sus altísimos fines los había tomado como medio para establecer la unidad política necesaria para la propagación del Evangelio y establecimiento de la unidad cristiana, en medio del fraccionamiento de heterogéneas nacionalidades, reyertas de razas, atrasos de civilización y cultura y falta de comunicaciones entre los países. Eran, pues, los Romanos el glúten de que Dios se valía para amalgamar la humanidad formando un solo Estado de aquellos elementos heterogéneos que amasaba la política romana por la astucia y por la fuerza, á las cuales acompañaba generalmente la perfidia. Con malas artes habían robado á los Israelitas sus libertades y franquicias y su patriótica independencia. Conservaban éstos su religión y su ley, sus magistrados, sus costumbres y sus predios; pero tenían que pagar tributo al César, tenían guarniciones de soldados extranjeros en los presidios y castillos, tenían que presenciar las abominaciones del culto idolátrico, veían cruzar sus campos por piaras de animales inmundos, cuya crianza les era prohibida, como también el comer sus carnes muy insalubres en aquellos climas.

Es verdad que tenían por Rey á Herodes, casi paisano suyo y casado con una bella Israelita, el cual había mejorado y engrandecido el templo por congraciarse con ellos, tachonando de oro sus paredes como en los buenos tiempos de Salomón, amable indiferentista adelantado á su siglo, como diríamos ahora, que sin creer en Dios sino muy poco, le obsequiaba por miras políticas, para quien la religión era un medio, no un fin. Pero este Rey era un parásito, dependía de los Romanos, era feudatario suyo, tenía que ser instrumento de sus miras y de su tortuosa política, sin lo cual le hubieran destituido, desterrado ó quizá crucificado como al más miserable esclavo. Un publicano de Roma, recaudador de tributos y que se quejara de él, podía comprometerle. Es verdad que tenía una corte y tenía aduladores; pero éstos no dejaban de ser parásitos de un parásito. El Rey verdadero estaba en Roma: de allí salía la vida política, la económica, la jurídica y toda clase de vitalidad social.

Y no era solamente en Palestina donde esto sucedía: igual suerte había cabido por el mismo tiempo á la no ménos desgraciada Península ibérica, cuyos habitantes en general se asimilaban algo á los Israelitas en el culto de un solo Dios, al que no daban nombre. Sencillos y de costumbres puras y patriarcales, vivían independientes y felices, contentos con poco, cuando unos en pos de otros vinieron á explotar sus riquezas y explotarlos á ellos los habitantes de Tiro y de Fenicia, los Griegos y los Cartagineses, y en pos de éstos los Romanos, peores que todos. Presentáronse también como amigos y auxiliares de una colonia casi extranjera, oprimida por sus rivales los Cartagineses. Ingiriéronse en los asuntos del país, sembraron por do quiera rencillas y discordias, crearon antagonismos, hicieron pelear razas contra razas, comarcas con comarcas, pueblos contra pueblos, apoyando con piedad fingida al que caía para apagar los bríos del vencedor y que no llegara éste á verse pujante. En vano los indomables Celtiberos pelearon briosamente contra ellos durante doscientos años; mientras que los Cántabros desde sus montañas veían impasibles la guerra si no la fomentaban. El águila de Roma cerniéndose so-

bre sus montañas se aposentó también sobre ellas y logró dominarlas. Terminada la guerra cántabrica calló la tierra, viéndose esclava de Roma, y el César orgulloso en medio de sus triunfos quiso recontar sus vasallos, pues los que se apellidaban libres apenas lo eran en realidad.

Al oír San José el imperial edicto que le llamaba á Belén, próximo ya el alumbramiento de la Virgen, vió desplegarse ante sus ojos el cumplimiento de las profecías. Allí debía nacer el Mesías, allí debía parir su jóven esposa: el orgullo imperial venía á ser el medio de que se valía la Providencia para hacer que las profecías quedaran cumplidas. No había que vacilar: no era el mandato del Emperador, era la voz de Dios la que le mandaba ponerse en camino para Belén, sin tardanza, sin vacilación. No era el Emperador el que mandaba, era Dios quien mandaba al Emperador y se valía de él como de un instrumento de su sabiduría, que así lo tenía predispuesto desde la eternidad aun antes de crear al mundo, previsto en su sabiduría el pecado del primer hombre.

Los preparativos del pobre se hacen pronto: sus necesidades escasas, su ajuar corto y reducido, su costumbre de sufrir privaciones resignado y silencioso, su confianza en la Providencia, hacen que se decida pronto á dejar lo que tiene y llevar lo poco que necesita conducir. Ligera carga de ropa y provisiones queda colocada en breve sobre un jumentillo, que á la vez había de conducir á la tierna doncella, descendiente de Reyes y de Sacerdotes, la cual en los últimos días de su embarazo, y en medio del invierno, no halla más comodidad para su viaje. Una mansa vaca acostumbra á recibir pobre alimento de mano del bendito esposo y que conoce la voz cariñosa de su casta consorte, seguirá sus pasos y proporcionará con su leche frugal, barato y sano alimento á la santa pareja. Al cerrar ésta su pobre casita de Nazareth despidiéndose de sus vecinos y saliendo de allí en los nebulosos días del solsticio de Diciembre, es muy posible que entonara el precioso salmo de su ascendiente David (1): «El Señor me dirige y nada me faltará: en sitio de pasto abundante me ha colocado.

«Agua me ha proporcionado para refrigerarme: volviómelo el alma al cuerpo.

«Llévome por los senderos de la justicia por amor de su nombre.

«Pero aunque tuviera que andar por parajes sombríos y expuesto á morir, no temería los riesgos ni que me aconteciera mal ninguno.

«Tu vara para dirigirme, tu báculo para apoyarme, á eso se ha reducido mi consuelo.

«Has preparado delante de mi mesa abundante, á despecho de aquellos que me atribulan.

«Ungiste mi cabeza sudosa con óleo aromático; y cuán excelente es ese bendito cáliz con que me proporcionaste la santa embriaguez de tu amor!

«Tu misericordia me seguirá todos los días de mi vida, y de ese modo lograré al cabo habitar en la casa del Señor por muy dilatados días.»

(1) Salmo 22 de David, que comienza con las palabras *Domineus regit me et nihil mihi deerit*. Dícese que lo compuso David, cuando andaba por los desiertos de Zif, perseguido por Saul. Ello es que este salmo es uno de los más bellos, pues rebosa por todos sus conceptos ternura y confianza. Su sentido altamente eucarístico, hace que sea uno de los más á propósito para recitarlo reposadamente después de comulgar, meditando sus altísimos conceptos. Por ese motivo en vez de copiar cualquiera de las traducciones del Sr. Amat ó el P. Scio, se ha preferido dar su paráfrasis, ó traducción libre.

Parece este precioso salmo hecho á propósito para este caso: si no en forma visible, es indudable que los santos ángeles los acompañarían y servirían en forma invisible para los hombres, y visible probablemente para la Santa Virgen. Quizá en más de una ocasion les proporcionarían improvisada mesa de sazoadas frutas, con blanco pan, dorados racimos y el panal intacto de la rica miel depositada por las abejas en el tronco del olmo y del añoso roble de las selvas, en aquella tierra, feraz entónces, donde corrian arroyos de miel y leche, segun la promesa hecha á sus ascendientes (1). Las vidas de los Santos, las crónicas religiosas, las candorosas leyendas de los tiempos de fervor en la fe y de costumbres patriarcales y puras contienen numerosos casos de este género. ¿No haría Jesus por su piadosa y bendita Madre, y por su padre putativo, varon humilde y justísimo, lo que por varios siervos suyos, cuyas virtudes no igualaban con mucho á las de la santa pareja, que viajaba á Belén, guiada por Dios?

XXIII.

EL PARTO DE LA VIRGEN: ADORACION DE LOS ÁNGELES.

*Factum est autem, cum essent ibi, impleti sunt dies ut pareret.
Et peperit filium suum primogenitum et pannis eum involoit,
et reclinavit eum in praeseptio, quia non erat eis locus in diversorio.* (San Lúcas, cap. 2.^o, vers. 6 y 7.)

Despues de cinco dias de penoso viaje por razon del estado de la Virgen, dieron ésta y su esposo vista á la pequeña villa de Belén, situada sobre un cerrito, rodeada de viñas y añosos olivos. Aflujan allí ricos viajeros descendientes tambien de la familia de David, que lo parecian mas en su opulencia, pero que apenas se dignarian echar una ojeada sobre la modesta pareja. ¿Cómo habian de reconocer sangre real en aquellos dos jóvenes tan pobremente equipados, cabalgando ella, aunque linda y graciosa, sobré una humilde pollina, y él á pié llevando en la mano modesto báculo (2), y sobre sus espaldas el saco con parte de su pobre equipaje? ¿Cómo habian de reconocerlos por parientes los que montaban briosos corceles ó fornidos jumentos ricamente enjaezados, seguidos de camellos y otras cabalgaduras que llevaban sus provisiones y abundante recámara cubierta de ricos reposteros? Los divisaban de léjos, en breve los alcanzaban, saludaban ligeramente al

(1) Jeremías, cap. XXXII, vers. 22. *Et dedisti eis terram hanc quam jurasti patribus eorum ut dares eis terram fluentem lacte et melle.*

(2) Las religiosas de San José, en Avila, primer monasterio de Carmelitas Descalzas fundado por Santa Teresa, poseen un baston fornado de plata afligranada, que la tradicion dice ser de San José, y se tiene por tanto en gran veneracion y estima.

emparejar, y pasaban de largo. Solamente otros, tan pobres como ellos, se hubieran dignado saludarlos con cariño, marchar á su paso y trabar esas conversaciones afectuosas, que la pesadez del viaje fácilmente convierte en familiares y expansivas confianzas.

Á la parte exterior de la poblacion y cerca de una de sus puertas se alzaba un edificio de forma particular: era la *caravansera*, el meson donde se albergaban los viajeros y las caravanas. Aunque los judíos eran, como son generalmente, laboriosos, no faltaban entre ellos holgazanes y amigos de vivir á costa del trabajo ajeno, acusando á la sociedad de haberlos desheredado, como si la sociedad tuviera la culpa de sus vicios é indolencia. Perseguidos en los pueblos huian á los campos, y salteaban á los pasajeros en los caminos. Además, á los idumeos y los samaritanos gozaban de mala reputacion y se les acusaba de desbalijar á los viajeros y arrieros que viajaban solos (1). Esta inseguridad de los caminos obligaba á los trajinantes y mercaderes á que se agruparan en caravanas para socorrerse mutuamente y auxiliarse en los frecuentes riesgos de sus viajes. Aunque la hospitalidad era y aun es una virtud practicada comunmente por los orientales, como por los antiguos patriarcas, mas fácilmente la practicaban los pobres que los ricos. El temor de ser robados hacia á éstos guardar bien las puertas de sus casas, como tambien sucede ahora. Para evitarse tales molestias habian construido generalmente en los pueblos esas caravanseras ó albergues públicos, que todavia se conservan en aquellos países, donde el proverbial estacionamiento, hace que las costumbres de hoy sean muy parecidas á las de hace dos mil años. Entra el viajero sin pedir permiso, coloca sus cabalgaduras donde puede ó donde quiere, si no hay otros viajeros, duerme sobre sus ropas puestas sobre una estera, come lo que lleva ó lo que compra, nada mas pide ni se le da, y sale de allí á continuar su viaje cuando le place, con un ligero saludo de despedida como saludó á la entrada.

Hablar de fondas, comparar á ellas las desnudas caravanseras del Oriente, y sobre todo de Palestina, seria un anacronismo. Aun esto faltó á los jóvenes y santos viajeros. Rebosaba de gente la aldea de David, la caravansera estaba tambien enteramente llena, no habia en ella ni una estera que dar, ni un aposento cuya llave no estuviere ya en poder de otro. El minucioso narrador San Lúcas, cuya encantadora relacion no olvida pormenores, con frases que en pocas palabras dicen mucho, lo consigna asi: *quia non erat eis locus in diversorio*, no habia cabida para ellos en la posada.

Quizá tenian parientes próximos y reconocidos entre la multitud de parientes desconocidos y remotos que allí venian de todos los confines de la Palestina, pero ¿cómo acudir á ellos, y mas en aquel estado de pobreza y con una jóven próxima al parto? Este era un motivo para excitar la caridad: quizá lo hubiera sido en otra ocasion, pero ¿cómo admitir en casa llena de gente á una jóven en tal estado? La caridad hablaba muy alto en favor de ésta, pero el egoísmo gritaba en contra, y á éste por tanto se escuchaba. La tradicion supone á la Virgen y su Santo Esposo rechazados de las casas de los parientes y la historia indudable expresa que no ha-

(1) El Evangelio tiene más de una parábola alusiva á ladrones y saltadores. Es notable la del samaritano que se compadece del pobre viajero robado y herido, á quien no socorren los que tenian mas obligacion por su estado sacerdotal, y por razon de paisanaje, al paso que debe toda clase de auxilios al samaritano extraño y desacreditado.

llaron albergue en la caravansera. Acercábase la noche y la tierna doncella sentía aproximarse el momento del parto, aunque sin dolores, pues no habiendo sido contagiada con el pecado de los primeros padres, tampoco le alcanzaba el anatema de parir en adelante con dolor, lanzado sobre la primera mujer. En la necesidad de buscar un abrigo, dirigió San José humildemente sus pasos hácia un establo fuera de la poblacion. A la parte meridional de ésta y á pocos pasos de distancia se veía una cueva abierta por la naturaleza en la estratificación del montecillo, sobre el cual está fundada la villa titulada *Casa-del-pan*, que eso quiere decir *Beth-lehem*, que nosotros por contracción de esa palabra pronunciamos y escribimos *Belen*. La entrada de la covacha mira al Norte y va estrechándose en el fondo. La devoción mudó su forma para convertirla en templo. Mejor hubiera sido dejarla tal cual estaba, siquiera se edificase junto á ella el templo mas magnífico del mundo (1). Refugio solía ser aquella cueva de pastores y de pobres, que no tenían albergue. Allí quiso nacer el Rey del mundo, que algun día habia de decir con harta razon:— «Hasta las vulpejas tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos, y el hijo de la Virgen no tiene donde reclinar su cabeza (2).» Así y todo, los santos esposos dieron al cielo rendidas gracias cuando hallaron asilo en aquel humilde tugurio, donde se refugiaban con su pobre equipaje y humilde cabalgadura. En un rincón habia un pobre pesebre. Los pastores y los pobres que allí se refugiaban durante las tormentas ó en lluviosos días, habian entretenido sus ocios en proporcionarse allí algunas escasas y pobres comodidades. En un trozo de la saliente roca habian hecho rústico asiento: allí se acomodó María, mientras que San José limpiaba afanoso la basura, y recogía los restos de la paja fresca por allí abandonada, con esa solícita limpieza con que aprovecha todo la pobreza honrada y laboriosa, que sabe hallar la limpieza y el asco en medio de la penuria.

Acercábase la media noche. María en éxtasis sublime con el cuerpo en la tierra, con el alma en el cielo, nada veía, nada oía. ¿Qué le hubiera importado entonces toda la riqueza, toda la magnificencia del palacio mas grandioso de la tierra! ¿No era mucho mejor aquella soledad completa, aquel aislamiento absoluto, para su alma pura, santa y humilde, absorta en aquel sublime arrobamiento, que la compañía de los hombres, por santos, por buenos, por doctos que fuesen? Figurémonos á María en un suntuoso palacio adornado de ricos muebles, alumbrado por brillantes lámparas, y decorado con hermosas pinturas y elegantes adornos, rodeada de numerosa servidumbre, de cortesanos aduladores y parásitos, acechando las palabras y los menores movimientos y ademanes para aplaudirlos con los labios y quizá mofarse en su interior. ¿Era acaso este el cortejo que correspondia, que podía desear

(1) Es muy sensible que una devoción que podrá ser respetable, pero que no me parece plausible ni menos digna de imitación, altere las condiciones de los parajes donde se han verificado sucesos memorables, sobre todo de acontecimientos religiosos y favores divinos. El que los visita, ó ha de meditar sobre ellos, desea conocerlos tal cual estaban cuando fueron teatro de aquellos acontecimientos. ¿Cuánta mas devoción inspira la desnuda alcoba en que se curó de su herida San Ignacio en su casa de Loyola, que si se hubiese mudado su forma revistiéndola de mármoles? Al construir la nueva iglesia de San Vicente de Paul en Dax, en el sitio donde nació, se ha tenido la precaución de trasladar la pobre casa de sus padres á un paraje contiguo pieza por pieza. Creo que hubiera sido mejor no tocarla ni aun removerla de donde estaba.

(2) El venerable P. fray Luis de Granada traduce las palabras *Filius hominis non habet ubi reclinet caput*, diciendo en este y en otros casos el *hijo de la Virgen*, y no el *hijo del hombre*. Es dudado con su autoridad traduzco y traduciré lo mismo.

la Virgen Madre? ¿De qué le servía á ella ese lujo que sus ojos no veían estando en éxtasis? ¿Qué falta le hacían las luces de mil antorchas y los perfumes de ricos pebetes, á quien cerrados los ojos, y el alma en el cielo, estaba alumbrada por sobrenaturales y divinas luces? Buscan los rincones aquellas almas santas que reciben celestiales favores y quisieran no ser vistas en casos tales ni aun de otros santos (1); ¿á que, pues, la presencia de cortesanos y criados? Hé aquí por qué, dado su éxtasis y santo sueño, con el consiguiente abandono de la materia, insensibilidad y abstracción de todo lo terreno, lo mismo le era una humilde y oscura gruta que el mas espléndido palacio, y ántes bien aquella para el caso mejor que éste.

¿Y podía dejar de estar en éxtasis en aquellos momentos? Sobre que lo afirman casi todos los que hablan de ella relativamente á este suceso, no se concibe que dejara de estarlo. La meditación del nacimiento de Cristo en tanta humildad, de tal modo enfervorizaba á varios santos, que no podían contemplar este altísimo misterio sin caer en éxtasis y dulces delirios. Y eso que sucedía á Santa Teresa (2) y otras almas puras ¿podía dejar de suceder á la que pasaba por ello actual y realmente? Por ese motivo no considero exactas las descripciones que suponen á la Virgen Santísima afanosa y angustiada por su Hijo en aquellos momentos. Yo creo que la Virgen, como Virgen y como Madre, nada vió, nada sintió, nada le preocupó, sino la idea abrumadora de ver á Dios hecho hombre (idea de la Virgen), de ver su hijo que era á la vez su Dios (idea de la Madre). Fuera de eso no habia para ella ni tierra, ni cueva, ni casa, ni palacio, ni pueblo, ni parientes, ni pobreza, ni abandono, ni inhospitalidad, ni frío, ni sed, ni hambre, ni luz, ni oscuridad; todo le era igual. A quien le absorbe la razon una idea fija y que le abruma, todo lo demas le importa poco (3). El pintar á la Virgen preocupada en aquel momento con ningun afecto humano, por licito; por justo que sea, es rebajarla, es no conocer su carácter, es pintar como una mujer cualquiera, vulgar, prosaica, á la que era superior á todas las mujeres, á todas las criaturas (4), es no tener idea remota de la Teología mística. Es verdad que comunmente la tierna doncella bajo una apariencia vulgar

(1) Es notable la frase de Santa Teresa al pedir á Dios que le retirase los arrobamientos y demas favores interiores, ó se los diese de modo que no llamaran la atención. Véanse sobre esto los caps. XX al XXIV de su vida, y en otras partes de sus escritos. «Supliqué mucho al Señor que no quisiese ya darme mas mercedes que tuviesen muestras exteriores.» (Cap. XX.) «Gané de este resistir gustos y regalos de Dios enseñarme Su Majestad, porque antes me parecia que para darme reglas en la oración era menester mucho arrinconamiento, y casi no me osaba bullir: despues vi lo poco que hacia al caso.» (Cap. XXIV de su vida.)

(2) En muchos pasajes habla Santa Teresa de su devoción á meditar en este misterio y llama *portaliños de Belén* á los pobres monasterios que fundaba. Muchas de sus composiciones poéticas son villancicos del Nacimiento. Véanse en la pág. 515 de la edicion de Rivadeneira.

Tambien San Francisco, San Cayetano y otros varios Santos fueron muy devotos de este misterio, y tuvieron frecuentes éxtasis meditando en él.

(3) Hablando del arrobamiento dice Santa Teresa en el precioso cap. XX de su vida: «Digo que muchas veces me parecia me dejaba el cuerpo tan ligero, que toda la pesadumbre de él me quitaba, y algunas era tanto, que casi no entendia poner los piés en el suelo. Pues cuando está en el arrobamiento el cuerpo, queda como muerto, sin poder nada de sí muchas veces.» Por ese motivo no creo se deba considerar á la Virgen afanada en aquellos momentos, cuando su estado debia ser no solo de éxtasis y arrobamiento, sino de union y union íntima con Dios.

(4) Por mucho que fuesen, por mucho que valiesen para con Dios Santa Catalina, Santa Brígida, Santa Teresa y otras muchas Santas favorecidas con místicos y sobrenaturales favores, al fin habian contraído el pecado original, y podían pecar. ¿Qué comparación tenían ni tienen con la Santa Madre de Dios siempre pura é impecable! ¿Los favores sobrenaturales que aquellas recibían del cielo, no los recibiría ésta mucho mayores y más colmados?

ocultaba un cielo, pero en aquel momento predominaba el cielo, no había testigos, no había espectadores: solo el varón casto, justo, santo y humilde adivinaba lo que sucedía, pero también él veía el cielo bajo aquella figura al parecer vulgar, al parecer sencilla y pobrememente humana.

Llegado el momento solemne previsto desde la eternidad, ofrecido por Dios, anunciado á los Profetas, esperado por los Santos Patriarcas, revelado á los Santos Angeles, acatado por San Miguel y los Angeles buenos y humildes, protestado por Luzbel y los querubes malditos por su orgullo, la tierna doncella de Nazareth dió á luz á su hijo, sin dolor, sin trabajo, sin esfuerzo, sin quebranto, sin impureza alguna (1), hermoso, limpio, perfecto, risueño, puro, immaculado, immaculado en el cuerpo y mucho más en su alma, saliendo del cuerpo de su Madre como pasa el rayo del sol por el cristal sin romperlo ni mancharlo.

El Evangelista San Juan lo dice en cuatro palabras á lo teólogo:

VERBUM CARO FACTUM EST.

San Lucas, el narrador que no pierde de vista á María, lo refiere como historiador:

ET PEPERIT FILIUM SUUM PRIMOGENITUM.

La Iglesia lo incluye en su símbolo y lo canta diariamente en mil templos:

ET INCARNATUS EST DE SPIRITU SANCTO, EX MARIA VIRGINE, ET HOMO FACTUS EST.

Y al pronunciar estas palabras inclinamos todos nuestra frente, y doblando la rodilla acatamos humildemente á Dios que nos hizo tanto bien, aun mayor bien que el de crear el mundo.

También María se prosternó en el pavimento de la humilde gruta, y dobló su frente y no se atrevió á mirar lo que tenía en sus manos. ¡Oh qué vértigo santo! ¿Cómo ver con los ojos del cuerpo al que venía viendo su alma de mucho tiempo atrás? A Moisés se le había dicho por Dios: «No me verá el hombre mientras viva: no podrá vivir si llega á verme» (2); y ella iba á verle! Y era Madre de Él! El amor de Madre venció; ¡verle y morir! si era preciso morir por verle. Y sus hermosos ojos, azules como el cielo, empañados por el rocío de sus lágrimas, miraron el rostro del recién nacido, en el que se dibujaba una sonrisa, la primera sonrisa de Jesús niño, la sonrisa del niño que conoce á su Madre y la prefiere á todo y á todos.

El éxtasis había cesado: la vida había vuelto, la sensibilidad se había reanimado: la Virgen santa era doncella y Madre, tenía nuevos deberes que cumplir, y á la primera sonrisa de la Madre que se postraba para adorar á su Hijo, sin atreverse aún á tomar un ósculo tierno en sus benditos labios, absorta, atónita, embriagada de amor santo y de inefable dicha, correspondió la sonrisa del divino Infante, destinando despues la segunda sonrisa al varón justo, á quien tomaba por padre en la tierra. Entónces el sentido maternal se despertó en la doncella con todos los de-

(1) Cuestiones se han promovido acerca del parto de la Virgen que ni aun nombrar, ni indicar queremos, respetando, no solamente la virtud y altas luces de las personas muy piadosas que las trataron, sino también lo que de cierto ú opinable tengan. Pero la mayor cultura y delicadeza de nuestros tiempos no permite ya abordar tales asuntos, tanto más que solo ofrecen la satisfacción de una mera curiosidad, y á veces desacuerdo entre las revelaciones de personas muy piadosas acerca de las cuales nada ha definido la Iglesia. Omitense, pues, de intento tales noticias, puesto que las omiten todos los escritores modernos y con mucha razón, siguiendo la máxima de San Pablo: *No saber más que lo que se debe saber, y aun eso con sobriedad.*

(2) *Non videbit me homo et vivet.*

licados y dulces instintos de la maternidad, que la naturaleza, hija de la Providencia divina, deposita para ello y de antemano, cual rico tesoro, en el corazón de la mujer. Y quitando de su cabeza la modesta toca de blanco cendal, caliente con su propio calor, pues quizá no había fuego, le envolvió en ella y en los pobres pero limpios pañales de antemano preparados, y le reclinó en el pobre pesebre donde San José había colocado su capa de modo que sirviese de mullido y abrigo, de colchon y manta (1), y la capa sobre las pobres pajas sirvió de primer lecho al Mesías, al Redentor del mundo. Tampoco olvida el narrador San Lucas estos detalles, completando su relato al decir que María le envolvió en pañales y le reclinó en un pesebre. *Et pannis eum involvit, et reclinavit eum in præsepio* (2).

La naturaleza hizo su oficio. Dios no la violenta aun cuando hace milagros, aun cuando hace cosas á que ella no alcanza, porque son sobre ella. Las cosas imposibles para el reloj, son facilísimas para el relojero: lo mismo mueve las saetas hácia atras que hácia adelante, aunque al reloj no le sea dado sino moverlas en aquella primera dirección. Y Dios hecho hombre lloró, y la Iglesia nos le presenta llorando y ceñido de estrechas fajas reclinado sobre paja en un pesebre (3).

Lloroso gime el tierno infante

En estrecho pesebre reclinado:

La Virgen pura, como Madre amante,

Envuelve el cuerpo tan tierno y agraciado,

Fajando con respeto y con cariño

Los piés y las manos del Dios niño.

San Basilio nos presenta poéticamente á la Virgen Madre luchando entre dos tiernos y respetuosos afectos, el de la maternidad y el de la devoción. «Debo yo acercarme á Vos con el incienso ú ofrecereros el alimento de mi pecho? ¿Debo pro-

(1) El doctor D. Francisco Conque, cura párraco de San Ginés de Madrid, publicó en 1798 un tomo en folio con el título de «Disertación teológico-canónica, en la que se trata del culto de las reliquias de los Santos.» Su objeto es defender un dictámen que había dado contra el culto de una reliquia de la capa de San José, y de paso la autenticidad de la que se venera como tal en la iglesia de Santa Cecilia en Roma. Refuta que la capa de San José sirviera de abrigo y mullido al niño Jesús; alegando que la Virgen le envolvió en pañales, según dice San Lucas. Pero ¿cómo eran los pañales suficiente abrigo para un niño recién nacido en paraje tan desamparado y frío?

Los Bolandos, tan excelentes críticos, siguiendo á Panciroli y otros escritores respetables, hablan con respeto de la capa de San José que se guarda en dicha iglesia y de la tradición de haber servido para el abrigo de Jesús: *partem pallii quo natum Salvatore[m] Sanctus Josephus excepit.*

(2) Sobre este pesebre y su traslación á la basílica Liberiana escribió en 1718, una curiosa disertación latina el canónigo lateranense D. Francisco Bianchini.

(3) Himno de Fortunato, que canta la Iglesia en las vísperas del Domingo de Pasión, y principia con las palabras:

Pange lingua gloriosi

Lauream certaminis

En las primeras estrofas se refiere poéticamente la caída del primer hombre y su regeneración por la venida de Jesucristo en cumplimiento de la promesa hecha á nuestros primeros padres. La tercera y cuarta dicen:

Quando venit ergo sacri

Plentitudo temporis,

Missus est ab aere Patris

Natus orbis conditor

Atque ventre virginali

Carne amictus proditii.

Vagit infans inter areia

Conditus praeseptia

Membra pannis involuta

Virgo mater alligat

Et Dei manus pedesque

Stricta cingit fascia.

digaros los cuidados maternos ó serviros de rodillas como esclava hundiendo mi frente en el polvo de la tierra?»

La adoracion está hecha; satisfecho el deber entra el derecho, el cariño se sobrepone á la devocion, ó por mejor decir, la devocion que consiste en la espontaneidad del amor divino suavemente ejecutada toma la forma del cariño humano, y la tierna doncella, ya Madre, deposita su primer ósculo en la faz divina y riente de su hijo recién nacido.

A su vez San José mudo de asombro, ilustrado por superiores luces interiores y exteriores, tambien se acerca al tierno infante reclinado en el pesebre, le contempla extático y absorto, le tributa su homenaje de respeto y de cariño á la vez, y recibe por premio de su devocion humilde la segunda sonrisa del Dios niño, á quien el mundo llamará su hijo, y de quien será en efecto padre putativo para salvar el decoro de su Madre y cuidar del amparo y subsistencia de ella, y del mismo Dios hecho hombre, que á su vez sustenta á todos.

A la adoracion de los Padres siguió la de los Angeles, y con qué humildad, con qué respeto! El misterio, la gran palabra estaba ya cumplida.

Allá en remotos siglos, en dias angélicos, se les habia anunciado que llegaría otro dia, en tiempo computado muy bajamente, en que habian de adorar á un Sér de naturaleza inferior á la suya, material en algo, y los buenos habian creído y obrado, porque si la Fe es creencia, la humildad es acto, es obra, es caridad. Y al acatar los decretos de Dios, aunque parecieran rebajarlos, no solamente no se hallaron rebajados, sino que por el contrario, se vieron enaltecidos y confirmados en gracia, mientras que el querubin más hermoso rebelado en su orgullo contra aquel decreto y convertido en dragon caia precipitado con un solo gesto del Omnipotente, arastrando en su caída la tercera parte de la celestial milicia, que de estrellas brillantes se convertian en fuegos fatuos que despiden opaca y vacilante luz en medio de las tinieblas de los pantanos infernales. Y en vez de ellos habia Dios criado otros séres compuestos en parte de espíritu como ellos, en parte de materia, y despues de hacerlos algo menores que ellos los habia destinado á ser coronados de honor y gloria y les habia dado poderio sobre todos los otros séres materiales de la creacion, y fuerza para resistir á las asechanzas de los espíritus maléficó caídos y vencerlos y burlarse de ellos, que no habian querido adorar á Dios tomando cuerpo y haciéndose hombre. Ya Dios al cabo de cuatro mil años, contados desde la creacion del hombre (1), habia nacido, y los que le habian adorado humildemente en los dias angélicos segun el decreto del Eterno, venian ahora á ratificar su homenaje cumplido en los dias de los hombres. Quizá muchos de ellos vinieron en forma visible y los vió el mismo San José, como luego los vieron los pastores (2).

(1) Para las cuestiones prehistóricas, hoy dia muy de moda y aun peligrosas por el giro que ha pretendido darles la impiedad, no debe confundirse la creacion del mundo con la creacion del hombre.

La fecha del nacimiento de Cristo ha sido muy controvertida: la opinion más comun la fija en el año 748 de Roma. Supónese que medió algun tiempo entre el segundo empadronamiento mandado por Augusto y el parto de la Virgen, por haberse hecho aquel no simultáneamente sino sucesivamente, yendo los cuestores ó encargados de hacerlo de país en país y de pueblo en pueblo. Ese segundo empadronamiento se hizo en el consulado de Cayo Maric Censorino y Cayo Asinio Galo.

(2) La Ven. M. de Agreda dice que en el viaje á Belén acompañaban á la Virgen diez mil Angeles en forma visible.

El Evangelista San Juan se ocupa con enigmático lenguaje de todo este suceso en el capítulo 12 del Apocalipsis, en que describe la predestinacion de Maria, el orgullo de Lucifer y su caída vencido por San Miguel, la concepcion y el parto de la Virgen, la adoracion de los ángeles buenos, el regocijo de los cielos y de los buenos y la preservacion incólume é inmaculada de la Madre del Salvador.

«Luego apareció en el cielo una gran señal; era una mujer *vestida del sol*, teniendo la luna á sus piés y en la cabeza una diadema de doce estrellas (1).

«Y al verse en cinta clamaba para dar á luz y sufría al parir (2).

«Vióse tambien otra señal en el cielo: érase un dragon grande y rojo, con siete cabezas y diez cuernos y siete diademas sobre sus siete cabezas. Y con su cola arastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, arrojándolas á la tierra.

«Paróse el dragon ante la mujer que iba á parir, á fin de devorar á su hijo asi que pariese.

«Parió, pues, á su hijo varon, el que ha de regir á todas las naciones con cetro de hierro. Mas este hijo fué arrebatado á la presencia de Dios y á su mismo trono. Y por lo que hace á la mujer huyó á la soledad en donde tenia un lugar preparado por Dios para que allí la sustenten durante mil doscientos sesenta dias.

«Y hubo un gran combate en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con el dragon y tambien éste y sus ángeles contra aquellos, más no pudieron prevalecer los malos ni quedó rastro de ellos en el cielo.

«Arrojado fué aquel gran dragon, la antigua serpiente (*la del paraíso*), que se llama *el diablo* y Satanás que seduce á todo el orbe. Mas éste cayó á tierra y sus ángeles fueron lanzados con él.

«Oí, pues, una gran voz en el cielo que decía: —Ahora queda ya verificada la salvacion, y triunfantes la virtud y el reino de Dios nuestro Señor, y el poderio de su Cristo: porque ya queda expulsado el acusador de nuestros hermanos, que dia y noche estaba censurándolos ante la presencia de nuestro Dios!

«Ya le han derrotado ellos mismos mediante la sangre del Cordero (*la pasión de Cristo*), y no han hecho aprecio de sus almas (*sus vidas*) poniéndolas en trance de muerte.

«Por tanto ¡regocijaos, cielos, y los que habitais en sus alturas!»

Tal es el contenido de ese bellissimo pasaje del Apocalipsis en que San Juan, hijo adaptivo de la Santa Madre, describe con estro inspirado y más que pindárico vuelo, cuanto supera la profecía á la poesia, los acontecimientos recónditos de la eternidad, la Encarnacion del Verbo y su nacimiento decretada por el Eterno, la predestinacion y preservacion incólume de Maria refulgente como el sol, rodeada de célicos resplandores sobre su azulado manto limpio y puro como el de la celeste bóveda en noche serena, la luna á sus piés, la cabeza rodeada de las doce estrellas que le sirven de diadema, como la representa el arte cristiano y manda la Iglesia que se exhiba á nuestra veneracion, pisando la cabeza del dragon maldito. Y luego se ve tambien aludidos los grandes misterios de la Concepcion, de la Encarnacion del Verbo, su nacimiento, su muerte como la de un Cordero, cuya sangre

(1) Por ese motivo se suele pintar á la Virgen con la diadema de las doce estrellas. Poco tiempo despues de la definicion dogmática de la inmaculada Concepcion mandó Su Santidad que se la pintase y esculpiera de ese modo.

(2) Se entiende en un sentido místico y elevado, pues la Virgen no padeció dolores de parto.

redime y salva al mundo, su Ascension, el retiro de la Virgen en los últimos días de su vida, y á la vez la persecucion furiosa de la Iglesia por el dragon que queda en la tierra, mientras que se regocijan los cielos. Todo esto se contiene en ese admirable capitulo relativo á la vez á la predestinacion eterna de la Encarnacion del Verbo, á la vida de Maria y á la vitalidad de la Iglesia santa.

Y cómo olvidarlo en el momento de verlo en su parte más principal del parto de la Virgen y la adoracion de los ángeles fieles y humildes y ya confirmados en gracia?

En el momento de esta adoracion angélica se estremeció el infierno: el gran misterio que se habia cumplido para los ángeles buenos pasaba ya sobre los orgullosos y rebeldes, realizado á despecho suyo. Los templos levantados á la supersticion y la idolatria se estremecieron asimismo en sus cimientos; su ruina estaba próxima. En los sitios á donde se daba culto al hombre que se queria hacer pasar por Dios, se iba á dar culto al Dios único y verdadero hecho hombre.

Milton describe poéticamente este silencio de los ídolos y el estupor de ellos sin conocer la causa. «Los oráculos enmudecen: ninguna voz, ningun murmullo siniestro hace ya resonar palabras falaces bajo las bóvedas de los templos. Apolo abandonado desesperado la colina de Delfos sin acertar á predecir lo futuro. Ningun arrebatado nocturno, ningun augurio secreto sale del antro misterioso que pueda inspirar sus vaticinios al sacerdote que espantado abre sus ojos. Aléjanse los géneos de las montañas y de las riberas de los rios, gimen las ninfas y las driadas al ver marchitarse las guirnaldas con que orlaba sus frentes la mitología pagana. Los lares y penates huyen de los hogares domésticos que presidian, y de las aras de los templos y de sus estatuas salen sonidos lúgubres que asustan á sus flamines, y el mármol parece bañado en sudor frio al desaparecer la divinidad idolátrica del paraje donde se le daba meléfico culto.»

En cambio la naturaleza pura siente á su modo un grato superior influjo. Cesa el frio, se aclaran las tinieblas, soplan las brisas de las montañas suavemente enviando hácia el Oriente sus perfumes (1), las olas baten las arenas mansamente como queriendo besar la tierra que ya sirve de peana al Dios hecho hombre, y las aves mismas adelantan la hora de sus trinos y gorjeos. En los tiempos fervorosos de la Edad media era costumbre al salir de la iglesia despues de la misa llamada *del gallo*, avisar á los campos y á los bosques el nacimiento de Dios, y al pasar por ellos los que se retiraban á sus casas, tañendo rústicos instrumentos, en medio de su santa y modesta alegría, solian anunciarlo á los árboles, á los arroyos, á las plantas, diciéndoles á gritos cual si pudieran entenderlo:—¡Alegraos, alegraos, que ya nació Dios!

Vestigio de este son, pero ¡qué degenerados! los festejos de la santa noche de

1. Todavía en algunas comarcas de España, donde la impiedad no ha hecho los estragos que todos deploramos pero que poco remediamos los pastores honrados y de costumbres puras tienen la costumbre de despertar ántes del alba y llamar á los compañeros con la fórmula de:—¡Arriba, muchachos, á alabar á Dios! especie de *Sursam corda!* con que excitan á los perezosos á vencer el sueño, tan dulce y pesado al venir el alba.—«Ya atizan las lamparitas en Belén,» suelen decir al sentir las brisas matinales, pues, segun ellos, el aceite de las lámparas de Belén es aromático y cuando lo renuevan en la santa gruta ántes de amanecer su perfume se extiende por todas partes y purifica la atmósfera de las humedades perjudiciales de la noche. ¡Sencillas creencias que, si no son ciertas, en cambio tampoco tienen nada de perjudiciales!

Navidad. Por fortuna no faltan almas puras y santas que los solemnicen como es debido.

XXIV.

LA ADORACION DE LOS PASTORES.

Et pastores erant in regione eadem vigilantes et custodientes vigilias noctis super gregem suum.

Et ecce Angelus Domini stetit juxta illos et claritas Dei circumfulsit illos.

Et venerunt festinantes: et invenerunt Mariam et Joseph, et infantem positum in praesepeio. (San Lucas, cap. 2º)

Con qué riqueza de pormenores y detalles nos describe este tierno y poético idilio el Santo Evangelista, á quien llaman *el pintor de la Virgen!* ¡Oh! ¡qué sabrosas noticias nos perdiéramos si Dios no le inspirase á narrarlo y guiara su pluma para consignar estos menudos hechos de la adoracion de los pastores, su miedo, su diálogo, su solicitud cariñosa! A no ser por él, si un poeta los contara, si una piadosa y sencilla religiosa los narrase, dijéramos que eran inverosímiles: y con todo eran ciertos y muy ciertos.

Apenas terminada la adoracion de los Angeles, que no necesitaban para tan gran acto mucho tiempo, por muchos que ellos fueran, pues el espíritu angélico y sus actos no se miden, aprecian y calculan por la pesadez de los humanos, destaca de entre ellos uno de los más principales que, en forma visible, vuela á poca distancia de Belén hácia una majada donde unos pastores humildes y sencillos yacen sonolientos, guardando su rebaño aprisionado en un redil de entrelazadas cuerdas, y turnando uno en estar despierto mientras los demás reposan.

La narracion evangélica lo describe así prolijamente, y los ornatos poéticos y poetizos no serian más elocuentes y poéticos que su narracion sencilla.

«Habia en aquella region unos pastores que estaban despiertos y velando por turno para guardar su ganado, cuando hé aquí que el Angel del Señor se presentó junto á ellos, envolviéndolos en los resplandores de celeste luz, de modo que ellos quedaron muy sobrecogidos. Mas el Angel les dijo:—No temais: vengo para anunciaros una cosa que será de gran júbilo para todo pueblo (1), pues que hoy os ha

(1) Para mí es dudoso si las palabras latinas *quod erit omni populo* deben traducirse «para todo el pueblo,» ó mejor dicho «para todo pueblo,» anunciando ya la universalidad de la Iglesia. Parece preferible el segundo, aunque luego cite la noticia del nacimiento á ellos y á Belén, *quia natus est vobis hodie Salvator*.....